

UN CRITERIO MILITAR ANTE EL PROBLEMA DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

Tte. Coronel ALVARO VALENCIA TOVAR



La tragedia nacional, honda y angustiosa, que ha pasado a recibir el denominativo común de violencia, es en la hora presente el motivo más digno de meditación y estudio para todo Oficial del Ejército. Más aún: para todo ciudadano, en particular si viste el uniforme de una cualquiera de sus Fuerzas Armadas.

Nada ha conmovido tan dolorosamente las entrañas de la Patria, como ese despiadado agonizar de vidas colombianas sobre los campos sangrantes de sus tierras. Las existencias sacrificadas sin grandeza ni razón, en el absurdo de una contienda carente de altura, de ideales, de objetivos, serían por sí mismas un mandato superior al pensamiento militar para ponerse en acción y detener, si ello es posible, el torrente de locura colectiva henchido por todo el horror de la lucha fratricida.

Pero, por si ello no fuese suficiente, a los millares de tumbas abiertas para recibir los despojos de cuanto forma el más sagrado patrimonio de la nación colombiana —las vidas de sus hombres— ha de agregarse la riqueza derrochada, el estancamiento del progreso material, la regresión en el orden moral, el derrumbe de los más preciados valores éticos, la rápida desfiguración de la fisonomía de la Patria,

desmerecida ante propios y extraños por el cáncer terrible que la devora sin esperanza.

Más de doce años hace que Colombia se debate y lucha por dominar esta explosiva conjunción de factores adversos que han lanzado a sus hijos por los caminos vedados de la mutua destrucción. Para una nación joven, es este un lapso desoladoramente largo de su historia. Y para un país que apenas emerge de varios siglos de vasallaje colonial, apurado por suplir con recursos insuficientes el atraso material determinado por un pretérito oprimido por mil circunstancias retardatrices, los recursos consumidos por el esfuerzo gigantesco de hacer frente a este problema agobiador constituyen toda una herencia de grandeza potencial, arrojada ciega e inconscientemente a la hoguera de este drama que no merecemos, pero al que hemos sido impelidos por la obnubilación de pasiones irredentas y de un oscurantismo atávico en el campo de las luchas políticas.

Por qué subsiste hoy esta violencia que debe estremecer de angustia a todo colombiano digno de llevar este nombre? Por qué a los esfuerzos del Gobierno y de su instrumento armado, intérpretes ambos del anhelo casi desesperado de los colombianos, no

responde un regreso visible hacia la normalidad perdida? Por qué siguen cayendo en tantas comarcas que fueran en tiempos no lejanos lo mejor de nuestra riqueza, campesinos que no han cometido otro delito que el de arañar con manos encallecidas y honradas la tierra de cuyos surcos depende nuestra vida? Por qué se sigue vertiendo sangre en un país hastiado de lucha inútil y de dolor estremecido? Por qué la Colombia que conocimos hace algunos lustros no puede reencontrar su camino y continuar por él una marcha firme hacia sus claros objetivos nacionales?

Sin duda para cada uno de los anteriores interrogantes existen múltiples respuestas, inspiradas por los factores dominantes dentro de la esfera donde actúe quien pretenda analizarlos. Pero más urgente que meditar en el por qué de fracasos o de simples resultados negativos, resulta la búsqueda y hallazgo de soluciones factibles.

El Pasado.

No sería posible dentro del ámbito reducido de las presentes reflexiones, emprender un análisis concienzudo del problema de violencia, de sus orígenes y azaroso desenvolvimiento. Quizá con ello se lograría apenas la presentación de conceptos y puntos de vista personales y, por ende, controvertibles. O, en el mejor de los casos, la ordenación de sucesos y factores que no son ajenos a la conciencia colombiana pero que, muchas veces, no se han enfocado con la necesaria perspectiva que permita abarcar la vastedad del conjunto.

Me limitaré, por lo tanto, a considerar ciertos hechos de autenticidad innegable:

— La violencia, que pudo tener un origen político emanado de la contro-

versia agria y candente de nuestros partidos tradicionales, fue sufriendo con el tiempo un forzoso proceso de transmutación. Causas iniciales de exacerbación pasional y caudillaje político, carburadas por un subfondo de fanatismo que siempre alentó en los idiosincrasias de nuestras gentes, encontraron en circunstancias de orden económico, social, étnico y cultural un ambiente propicio para su propagación y desarrollo.

— Todo fenómeno de naturaleza esencialmente corruptora, produce por fuerza resultantes nocivas. En esta forma, a la par con nuevos territorios devorados por el incendio, con nuevas gentes involucradas al proceso expansivo de la lucha, se fue generando una visible descomposición en todos los órdenes de la vida colombiana. Tales consecuencias se convirtieron a su vez en nuevas fuentes, y la lenta progresión inicial fue cobrando velocidad gradualmente acelerada.

— Las soluciones de fuerza, únicas que cobraban vigencia dentro de un ambiente caldeado por el origen convulsivo del acto que se iniciaba, resultaron inadecuadas. Los primeros brotes de lo que habría de ser gigantesca explosión, fueron subestimados en la magnitud de su alcance, y por tanto las fuerzas destinadas para contenerlos fueron insuficientes. El método, por otra parte, eliminaba otras posibles formas de aproximación al problema, cuyos orígenes era difícil buscar con la necesaria serenidad en la atmósfera sobrecargada de efluvios pasionales.

— El mal fue sufriendo una metamorfosis progresiva. Las causas iniciales se desvanecieron dentro de una nueva problemática donde los aspectos socio-económicos cobraron creciente importancia hasta apoderarse del primer plano en el escenario donde esta

lucha despiadada ha tenido lugar. Por otra parte, el argumento político que podría servir de motivo al acto violento perdió razón dentro de un régimen de responsabilidad compartida en el que los partidos tradicionales quisieron fundir, generosamente, el olvido de sus viejas querellas.

— Sin embargo, el poderoso engraje montado a través de tantos años de lucha, no podía desmontarse con un gesto heroico de buena voluntad política. Todo conflicto humano produce inevitablemente múltiples secuelas que siguen gravitando como herencia letal en el ámbito que ha servido para su desarrollo, y cuya profundidad guarda relación con la dureza y acritud de la pugna vivida. La violencia había generado violencia, en proporciones de insospechada magnitud. La simple orden de cese de fuegos no podía detener la batalla, a cuyo vórtice habíanse lanzado fuerzas cuya energía desatada ya no era posible dominar.

El presente.

Contemplado en sus rasgos más bruscos el fenómeno que ya comienza a convertirse en pretérito, desembocamos por el ya enunciado proceso de metamorfosis al siguiente cuadro actual:

— Toda una generación colombiana no ha tenido ante los ojos otro horizonte que el de la tempestad. Los niños de hace diez años se hicieron hombres en el ambiente entenebrecido por la gran tragedia diariamente repetida. Por una condición muy humana de ser, el horror del espectáculo lejos de promover el ansia de algo diferente, formó en las almas infantiles una gruesa coraza de insensibilidad y endurecimiento. Los jóvenes de entonces se maduraron a golpes, se perdieron, equivocaron el camino. Fueron dos edades de la humanidad colombiana las que su-

frieron el demoledor impacto que tan duramente alteró lo que fue nuestro tranquilo descuir como nación. Dos edades que aún esgrimen el arma homicida sin reparar en el alcance devastador de sus efectos, o que llevan en el subconsciente lacerado el germen aún amorfo del crimen.

— Perdidas las razones políticas para actuar en el campo de la violencia fratricida persisten o surgen otras: la **venganza** con su interminable cadena de sacrificios absurdos. La **descomposición moral**. El **bandolerismo**, como puerta de escape al enfermizo estado psicopático de quien se acostumbró a presenciar la muerte de sus semejantes sin repulsión ni espanto. El **asalto**, como fuente de lucro y modo de vivir. La **expropiación** de las tierras ajenas mediante la amenaza y el homicidio. El **usufructo de cosechas agrícolas** por el simple procedimiento de eliminar o aterrorizar a su legítimo poseedor. El atractivo falaz de la **vida aventurera**. El **desapego al trabajo** duro y extenuante de las tierras, comparado con el cual, las anchas perspectivas del crimen abren horizontes ilimitados.

— La crisis moral que socava el complejo de las virtudes ciudadanas acuciado por un afán desorbitado de lucro, no importa si las ganancias han de derivarse de la introducción clandestina de armas homicidas.

— Explotación sistemática de todo este confuso estado de cosas heredado de los años de desfiguración de nuestra democracia y de violencia tormentosa, por fuerzas foráneas de ideología internacional, para las que nada significa este cuadro desastroso. Por el contrario: las angustiosas circunstancias ambientales, y la generosidad de la libérrima bandera colombiana, son el mejor ámbito para la aplicación de técnicas revolucionarias como etapa

indispensable de transición hacia el estado colectivista y esclavizante.

Ante la inmensidad desolada de este panorama, cabría formular la siguiente pregunta:

Es posible que un problema de tan complejo raigambre admita una solución unilateral? Aún más: es lógico que tal solución pueda esperarse de la Fuerza Armada, que por espacio de dos largos lustros ha tratado inutilmente de contener una avalancha desatada por fuerzas cósmicamente superiores a sus limitados recursos?

La república, el país, la opinión pública, no deben esperar de su instrumento armado una solución que este no se encuentre en capacidad de proporcionarle por sí mismo. Y no lo está, porque las bandas en armas o los asesinos en despoblado, o los asaltantes de martirizadas zonas rurales en cobardes actos de inhumano genocidio, son tan solo **una simple manifestación de causas más profundas que, mientras no sean combatidas en su origen impreciso y oscuro, habrán de seguir produciendo los mismos o similares efectos.**

No se trata de eludir responsabilidad alguna. Simplemente hay que decirle con franqueza y valor al pueblo colombiano, que no debe demandar de su Ejército lo que él no puede darle aisladamente.

El porvenir.

Situada la violencia en un descarnado plano de realismo, podrían aislarse unos cuantos factores primarios, alrededor de los cuales gravita un cúmulo de subfactores o circunstancias coadyuvantes a la vigencia del fenómeno:

Económicos: hambre, desequilibrio en la distribución de la riqueza, dis-

minución alarmante del poder adquisitivo de la moneda, producción inferior a la demanda en la mayor parte de los artículos esenciales, economía agraria desvertebrada por la violencia misma, por el monocultivo, por la falta de orientación técnica.

Sociales: Problemas laborales y agrarios, infiltración marxista en los sindicatos obreros, agitación revolucionaria premeditada y destructora, lucha de clases exacerbada desde la sombra por ideologías que nada tienen de autóctono.

Educacionales: Debilidad cada día mayor en la educación escolar, relajamiento de los valores morales en la formación hogareña, carencia de disciplina en las instituciones docentes, falta de influencia patriótica en la modelación de las mentes estudiantiles, analfabetismo rural, crisis cuantitativa y cualitativa en el magisterio.

Políticos: Un amplio paréntesis se abre aquí para una mentalidad militar..., que él sea llenado por el buen juicio personal de quien tenga la indulgencia de leer estas líneas.

De orden judicial: Impunidad. Ineficiencia investigativa. Caos en la organización carcelaria e insuficiencia de los establecimientos disponibles. Crisis moral en vastos sectores del ramo judicial.

Mucho más, particularmente en el orden ético y moral, habría para decir en este campo realmente interminable de nuestros males presentes, originados en su mayor parte en la violencia misma por un proceso realmente exasperante de círculo vicioso: **la violencia convertida en descomposición que a su vez genera violencia.**

Bajo el impulso de un anhelo de solución, Colombia puede exigir de su Ejército sacrificios sobrehumanos, y él los hará más allá del límite de sus fuerzas. Para eso existe. Pero cualquier

sacrificio se torna estéril, y por lo tanto absurdo, si no ha de traducirse en el logro de un objetivo moral o material que, desafortunadamente, no habrá de alcanzarse en el caso de la violencia colombiana.

El desastre adquiere proporciones que exceden en mucho a los medios de que dispone la Fuerza Pública. La eliminación o captura de unas cuantas veintenas de antisociales irredimibles no consigue evitar que un número dos o tres veces superior surja de una juventud desquiciada para seguir la senda del crimen. Unos cuantos millares de soldados y agentes diseminados por la inmensidad de territorios áspersos de selva y cordillera, no podrán impedir que los colombianos sigan destrozándose entre sí mientras no desaparezca de los ánimos la voluntad de hacerlo.

Entonces, cuál puede ser la solución, si es que existe alguna?

La respuesta es, quizá, demasiado sencilla. Tanto que su terso enunciado parece tan pueril que mueve a rechazo. Podría enunciarse en unas pocas palabras, llanas y claras: **que la nación colombiana se decida a extinguir la violencia.** De no hacerlo, el porvenir puede adquirir tarde o temprano la forma de un dilema, tan elemental en su planteamiento, que suscite menosprecio: **Solución o Desintegración.**

Tan sencillos como puedan aparecer en su enunciación, estos conceptos resultan bien difíciles de trasladar al terreno de los hechos. No porque en sí envuelvan dificultades superiores a nuestras capacidades gubernamentales y ciudadanas. Sino porque, lamentablemente, los esfuerzos ingentes del Gobierno no han conseguido el eco deseable en el ámbito nacional. En otras palabras, **no existe la voluntad colectiva de enderezar la ruta y esquivar**

el abismo a cuyas profundidades nos hemos asomado tantas veces y tan peligrosamente, a lo largo de estos últimos tres lustros signados por la más abrumadora tragedia de nuestra vida republicana.

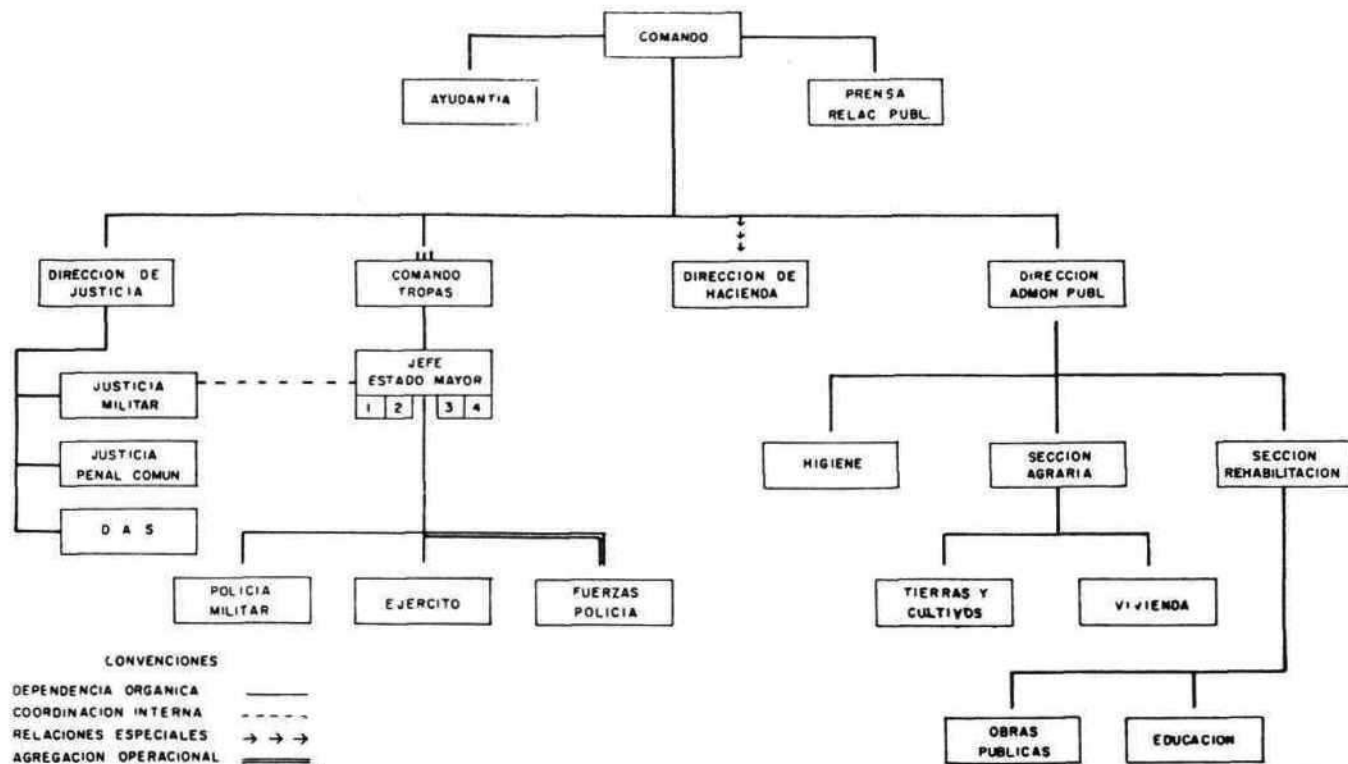
Todos los pueblos han tenido momentos sombríos a causa de conmociones políticas o derrotas militares que en veces adquieren proporciones de verdadera hecatombe. Algunos, débiles o decadentes, desaparecieron en el polvo de su propia ruina. Otros, no solamente se aferraron firmemente a la vida, sino que supieron reaccionar con fiereza y denuedo para imponerse al destino. Colombia se ha situado en la encrucijada decisiva de su historia, y ha de escoger inteligentemente el camino.

De producirse este prerequisite de la **voluntad nacional**, podrían atacarse con máximas probabilidades de éxito los reductos aún sometidos al sangriento imperio de la violencia. No por medio de operaciones militares aisladas, sino por una hábil y bien dirigida combinación de esfuerzos cuya síntesis se presenta en el siguiente esquema:

— Aquellas zonas que, con prescindencia de límites políticos departamentales, presenten circunstancias afines de perturbación, se integrarían en **Teatros de operaciones.** Ejemplo: **Quindío, Occidente del Tolima, Norte del Valle.**

— Demarcado el teatro, calcular los efectivos de Ejército y Policía necesarios para un eficiente control.

— A fin de no contrariar normas constitucionales relativas a la organización política del Estado, los municipios involucrados en el teatro continuarían perteneciendo a su respectivo Departamento en todos los órdenes, inclusive el presupuestal. Sin embar-

TEATRO DE OPERACIONES DE ORDEN PUBLICO

go, el Comandante del teatro tendría la autoridad suficiente para obtener el nombramiento o remoción inmediata de todos los funcionarios departamentales o municipales de su jurisdicción, mediante requerimiento al respectivo gobierno seccional.

— El Comandante del teatro, General en servicio activo, ejercería el control militar y desarrollaría una acción administrativa de alcance nacional a base de organismos asesores especializados.

— Tal como puede apreciarse en el organigrama (Org. 1) un sistema horizontal colocaría bajo su dirección, y en un mismo nivel, agencias de justicia, administración pública, mando militar y hacienda. Este último departamento, no tendría dependencia directa del Comandante del teatro, sino relaciones de coordinación, pues se trata de funcionarios seccionales, encargados de organizar y supervigilar el sistema de rentas a nombre de los Gobernadores y cuyos Departamentos hubiesen sido abarcados parcialmente por el organismo administrativo-militar.

Conviene resaltar que el Comandante del teatro, militar por obvias razones entre las cuales se destaca el carácter de emergencia que exige medidas extraordinarias y mando unificado, tiene a sus órdenes un comandante de tropas en idéntico nivel horizontal que los Directores de Justicia y Administración Pública, lo cual le garantiza libertad de acción para ocuparse con la misma intensidad, de los organismos militares, administrativos y judiciales, sin entrar al detalle en ninguno de los tres órdenes, cuyos jefes obrarían a base de directivas ge-

nerales y autoridad delegada en el grado que pareciese necesario.

Las ventajas de la organización propuesta saltan a la vista: concentración de esfuerzos bajo dirección unificada, acción paralela e integrada de fuerzas armadas, educacionales, rehabilitadoras, agrarias, económicas, jurídicas. A una operación conjunta de esta naturaleza, sería más fácil extender el necesario apoyo gubernamental. La solución de fuerza se aplicaría tan solo condicionada a las circunstancias, en aquellos casos en que ello fuere necesario en apoyo del organismo judicial, o ante claros imperativos de necesidades colectivas.

Por otra parte, entidades tales como el Instituto Nacional de la Reforma Agraria, la Oficina Central de Rehabilitación —cuya supervivencia es necesario asegurar mientras los fines para los que fue creada aún la justifiquen— los Ministerios de Educación, Higiene y Obras Públicas, podrían extender su acción curativa sobre objetivos específicos determinados por el Comando del teatro, a través de sus propias agencias orgánicas del mismo. (Véanse organigramas 1 y 2).

Lógicamente, la integración orgánica de la entidad propuesta seguiría un proceso gradual condicionado a necesidades y circunstancias. Quizá fuese necesario adicionar algunas secciones no previstas. Tal vez suprimir otras poco aconsejables para un determinado problema. El organismo tendría de todas maneras una flexibilidad tal, que su conformación exacta obedeciera tan solo al propósito de la misión por cumplir en cada una de las zonas afectadas por el tremendo —aunque curable— cáncer de la violencia.

TEATRO DE OPERACIONES DE ORDEN PUBLICO RELACIONES

